

CAPITULO X.

ROMA.

I.

Roma á lo lejos.—La campiña de Roma.—Entrada en la ciudad eterna.

22 de diciembre de 1860.

Las primeras palabras que ha pronunciado Jussuf esta madrugada, antes de darnos los buenos dias y de avisarnos que ya estaban enganchados los caballos, han sido para dirigirnos la siguiente pregunta:

—*Roma ¿estar Francia?*

Y al hablar de esta manera, demostraba una indecible alegría.

—¿Por qué te ha ocurrido eso? le interrogamos nosotros.

—*Escuchar*, repuso el marroquí.

Y tendió la mano y aplicó el oído hácia la calle.

Pusimos atencion, y percibimos un confuso rumor de cornetas y tambores, que recorria las calles de Viterbo.

—*¡La diana de los franceses!* exclamó el moro. *¡Y estar diana de guerra, como en Argel!*

Nosotros nos echamos á reir y le hicimos comprender al africano en qué forma y de qué manera un ejército francés ocupa una parte de Italia.

—Es decir, ha concluido el moro: *Roma no estar en Francia; pero Francia estar en Roma.*

—Como quieras. El hecho es que nosotros estamos hoy mas lejos que ayer de las fronteras de Francia, y que el camino que seguimos no es de seguro el mas corto para llegar á París.

Sin otra novedad, hemos entrado en el coche y continuado nuestra marcha.

Al salir de Viterbo, vemos hácia el oriente una faja de luz que marca el límite del horizonte entre el nublado cielo y la tenebrosa tierra.

¡Es la aurora del gran día!

Hæc dies quam fecit Dominus...

Escusado es decir que la diana de guerra con que los galos me han anunciado el amanecer del día de mi entrada en Roma, me ha hecho, cuando menos, tanto efecto como á Jussuf... aunque no tan agradable.

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo.

A poca distancia de *Imposta* llegamos á la cumbre del *Monte Cimino*, que se alza 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes. La niebla empieza á levantarse. El suelo está nevado en cuanto alcanza nuestra vista.

Dentro de poco, cuando aclare completamente el día, descubriremos á nuestros pies toda la *campiña de Roma*.

Ahora no distinguimos mas que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y hácia la derecha, el lago de *Vico*, que ha sustituido al cráter de un volcan; y en torno del lago, selvas nacidas en las laderas que inundó la lava; y por todas partes... soledad, devastacion y tristeza.

¡Oh! ¡Qué tragedias tan horribles encuentra aqui la imaginacion en el mismo silencio de la historia!

Hay quien dice, por ejemplo, que cuando el lago de *Vico* está completamente sereno, se ven en su fondo las ruinas de una ciudad...

¡Quién sabe!

Pero el horizonte se despeja... Llegó el momento...

Hé allí la *Campiña de Roma*,—vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!...—Hé allí los *Montes de Albano*, mas distantes de nosotros que la Ciudad eterna!...

¡El cielo que vemos es, pues, el de Roma!—Roma se halla dentro de nuestro horizonte sensible.

—Allí está Roma: pronto la verán ustedes... nos dice en esto el postillon, señalando con su látigo á una de las aplanadas colinas que rizan la monótona estension de la comarca á que bajamos...

—¡Allí está Roma! repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña; pero sin distinguir todavía la ciudad de los Césares...

Así dejamos atrás á *Ronciiglione*, las ruinas de la ciudad de *Sutri* y el lugarejo del *Monterosi*; así continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando a penas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquellas colinas: —¡Allí está Roma!

Hemos bajado á la *Campiña*: avanzamos por ella...

Tenemos á nuestra derecha el lago *Bracciano*, en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas...

Allá, á lo lejos, fluye un ancho rio...

Será el *Tiber*...

El pais es cada vez mas árido, mas melancólico. La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece el esqueleto de un mundo.

Después de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que dominamos todas las colinas sucesivas, y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizos del terreno...

Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tiboli*; mucho mas lejos *Frascati*...

Estamos á cinco leguas de Roma.

¡Y Roma?

Roma se oculta todavía...

¡Oh, no!—¡Héla allí!

Hé allí la *Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina...

¡Salud á Roma cristiana!

Nada mas se vé... pero esa cúpula lo dice todo.

Esa cúpula es la corona de la reina del mundo católico; es la gran tiara que ciñe la frente de la ciudad de San Pedro; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio para que no olvidemos que la Roma mística, la metrópoli del catolicismo, el templo de las almas se eleva magestuoso sobre los hundidos alcázares de la gentilidad.

Nosotros devoramos con la vista aquella gigantesca mole bajo la cual se halla el trono de los Papas; aquella obra prodigiosa que hubiera bastado á la gloria artistica de una civilizacion; aquella maravillosa creacion de Miguel Angel, digna de coronar la basilica que heredó la primacia *urbis et orbis*.

Y nada mas vemos de Roma.—El resto de la ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima.

La cúpula de San Pedro parece suspendida en el aire; y es que las abiertas ventanas de la galería circular en que descansa la bóveda, se corresponden de tal modo desde nuestro punto de vista, que percibimos la luz y el cielo al través de la calada rotonda.—Nuestras miradas han penetrado ya, por consiguiente, en el interior de la catedral pontificia.

Esta aparicion dura algunos minutos. Al cabo de ellos, escóndese tambien la cúpula detrás de un montecillo.

En cambio empezamos á ver á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos en la antigua *via Cassia*), cimientos y escombros de *villas* ó quintas, cuyos últimos moradores murieron hace mas de mil años.

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo acueducto, que al cabo empareja con la *via Cassia*, á cuyo lado sigue paralelamente hácia Roma.—Es el acueducto *Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un rio á la cumbre del *Monte Janículo*.

A la izquierda pasamos cerca de una aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.—Es todo lo que queda de la famosa *Veies*, de la gran ciudad etrusca; de la rival de Roma, á quien eclipsaba por su belleza y poderío.

En la *Storta* mudamos tiro por la última vez.

Son las doce... Estamos á dos leguas de la *Puerta del Popolo*, por donde entraremos en la córte de los Papas.

Sigue reinando la soledad sobre la muerta campiña. Nada nos revela que estamos próximos á una gran capital.—La multiplicacion de las ruinas nos dice claramente que nos acercamos á Roma.

Pasamos cerca de unos hundidos muros...—Es la *villa de Ovidio*.

Allá se vé un destrozado mausoleo. Llámase vulgarmente la *Tumba de Nerón*.—Es el sepulcro de *Publius Vibius Marianus*.

Bifurcamos una gran carretera...—Es la *Via Flaminia*.

Llegamos á las orillas de un amarillento rio, y lo pasamos sobre un magnífico puente...—¡Es el *Tiber*!

El puente se llama hoy *Ponte-Molle*.—Hace dos mil años se llamaba *Pons Milvius*.

En él detuvo Ciceron á los embajadores de los Alobroges, de aquellos *otros* hijos de Saboya. En él venció Constantino, despues de haber visto la Cruz en los aires, al feroz tirano Magencio, que se ahogó en esas aguas. En él se defendieron heroicamente los romanos, mandados por Garibaldi, contra el ejército francés que destruyó la república de Roma en 1849...

¡Salud al Tiber!—No: no fue en esas aguas donde se ahogó el tirano Magencio: fue en otras que pasaron: y ¡cuántas han pasado desde entonces!

Nuestro Quevedo lo ha dicho, contemplando estas ondas:—mientras que los alcázares y los templos se hunden y desaparecen,

lo fugitivo permanece y dura!

Las colinas se suceden tambien como las olas. La tierra sigue siendo un páramo silencioso. La ceniza de tantas generaciones ha convertido en un cadáver á la fatigada naturaleza.

¡Pero qué fúnebre respeto, qué solemnidad, qué severa melancolía trasmite al alma este desierto donde ha existido un mundo!

Ya volvemos á ver la cúpula de San Pedro...

Ya descubrimos algunas torres...

Ya divisamos unos montes cubiertos de pinos y cipreses...

Todo esto sale de entre unos valles en que queda escondida Roma, como las antiguas necrópolis.

Mi corazon se calma y se engrandece, poseido de una santa tristeza, cual si estuviese á la vista de un mudo cementerio.

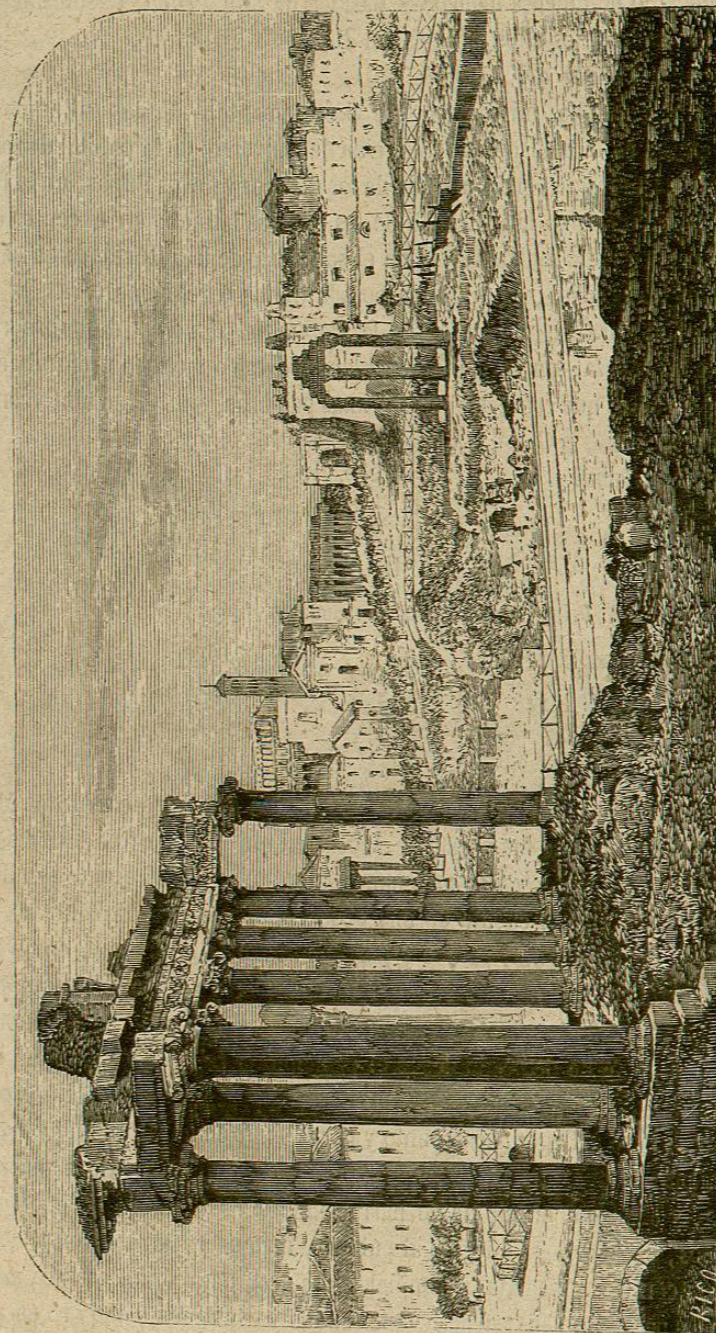
¡Roma! dice monótonamente una religiosa voz en lo íntimo de mi alma.

¡Roma! repiten maquinalmente mis labios.

Y el cúmulo de mis pensamientos, de mis recuerdos, de mis emociones, me abruma de tal modo, que no acierto á fijarme en ninguna idea, á pronunciar otra palabra.

Un poco antes de avistar las murallas cuyo lugar marcó el arado hace 2615

años, pasamos por delante de algunas casas de campo y de la suntuosa *villa Borghesse*...



El Foro Romano.

El camino que seguimos está mas bajo que la ciudad, de modo que entraremos á ella sin abarcar su panorama, casi sin haberla visto.—Solo divisamos la

cumbre de algunas de la famosas Siete colinas, pero no las mas habitadas, y de ningun modo los campos en que se asienta la poblacion de hoy.

Son las dos de la tarde. Hé allí los muros de la ciudad de Rómulo... Hé allí por un momento la inmensa mole de la Basilica de *San Pedro*, el soberbio Castillo de *San Angelo*, los altos jardines del *Pincio*...

¡Hé aquí la *Puerta del Popolo*!

Al acercarme á ella, mi corazon late violentamente.—Todos callamos...—Vamos á entrar en la ciudad dos veces reina del universo; en la capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la fuente de nuestro idioma; en la metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la historia; en el emporio de las Artes; en el santuario de la autoridad; en el Jordán de todos los pecados; en la última posada de los peregrinos...

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emocion de mi espíritu, que con estas sencillísimas palabras, que valen tanto como el mejor discurso:

—¡Roma! ¡Roma!

II.

Primeras impresiones.—Roma en el siglo.

Roma 22 de diciembre de 1860.—Hotel d'Europe,—
á la hora veinte y tres.

Inolvidable amigo :

Al despedirnos hace cuatro meses en la estacion del ferro-carril del Mediterráneo, vecina á la que fue puerta de Atocha en esa villa y córte, me exigiste que te dedicara *mis impresiones en Roma*, ó por mejor decir, que te escribiese una carta diaria dándote cuenta de mis observaciones y pensamientos en esta gran ciudad, cuyo presente, pasado y porvenir tanto te interesan, como buen católico, apostólico, romano que eres por tu fortuna; y yo, segun verás en su día, he ido mas allá de tu amistosa exigencia, sin mas que ceder á los impulsos de mi corazon, y te he dedicado desde el principio la relacion de todo mi viaje *de Madrid á Nápoles*, evocando tu recuerdo al empezarla y teniéndolo presente sin cesar... Pero al llegar á este punto y hora, *punto* de nuestra cita y *hora* del emplazamiento de nuestras almas, quieró atenerme estrictamente á tus prescripciones, y abandono el hilo de mi narracion (que hasta ahora ha sido, como si dijéramos, un monólogo dirigido al público, aunque encaminado á ti), para entenderme contigo inmediata y familiarmente, con auxilio del correo, no sin suplicarte, y perdona la advertencia, que reunas y conserves como oro en paño todas las cartas que te envíe, pues ellas me han de servir mañana ó el otro para dar cuenta á mis lectores de mi estancia y contemplaciones en la ciudad de Rómulo y Remo.

Con que basta de prólogo.

Es, pues, el caso, mi querido amigo, que hoy á las dos de la tarde, con tiempo nevoso y en compañía de Caballero y Jussuf; he llegado á las puertas de Roma... ¡de Roma, cuyo solo nombre habrá hecho latir tu corazon al leerlo en la fecha de esta carta!—Por ahí podrás figurarte lo que habrá pasado en el mio (súplase corazon) al escribir por primera vez una tal fecha (que ya te explicaré), y sobre todo al cruzar hace pocas horas bajo el arco monumental de la *Puerta del Popolo*.

Tú me conoces: omito, pues, reflexiones y comentarios, y voy directamente á los hechos.

La *Porta del Popolo* quiere decir en español la *Puerta del Alamo*, puesto que *popolo* significa indistintamente, como el *populus* latino, *álamo* y *pueblo*, y el *popolo* en cuestion (que los franceses traducen *peuple* en lugar de *peuplier*) proviene de unos álamos que circuian el Mausoleo de Augusto, próximo á aquel paraje.

Como quiera que sea, la *Porta del Popolo* ha venido á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, habiendo sido dibujada por Miguel Angel en estilo dórico, y levantada con verdadera magnificencia.

Por aquella puerta se entra en la famosa plaza del mismo nombre, soberbia antecámara de la gran metrópoli, muy superior á todo lo que se encuentra despues.

La *Plaza del Popolo* forma una inmensa elipse. En el fondo de ella se levantan dos iglesias gemelas, coronadas por altas cúpulas que se dibujan en el cielo. De estas iglesias, que son *Santa María di Monte Santo* y *Santa María dei Miracoli*, arrancan divergentemente tres larguísimas calles. La calle de en medio, que se abre entre los dos templos, frente por frente de la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, su *boulevard*, que dirian os franceses, por el cual se va rectamente al *Capitolio*. La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tiber, á *San Pedro*, al *Vaticano*. La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros hemos tomado, pasa por la *Plaza de España*, donde vivo y te estoy escribiendo, y conduce al *Quirinal*.—¡Qué nombres!

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco* de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traído de Heliópolis á Roma por Augusto para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sisto V al lugar donde hoy se halla.—Hé aquí la historia del mundo cifrada en las aventuras de un pedazo de granito.

Hace dos mil años llegan los romanos á Egipto; encuentran un mundo, una civilizacion, una religion agonizantes; ven este monumento (cubierto de geroglíficos no traducidos todavía) á la puerta de un templo en que se adora al Sol; lo arrancan de su base y lo trasportan á las orillas del Tiber; aquí preside las fiestas del imperio y asiste á la muerte de otro mundo, de otra civilizacion, de otra religion, que tambien agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos